Tip, tap, tip, tip, tap, tap. Una a una, dos a dos, tres a tres, las gotas golpean suavemente el cristal de la ventana de la habitación de Trapillo.

Tip, tip, tip, tap, tap, tap. Una a una, dos a dos, tres a tres, las pestañas de Trapillo, que dormían abrazadas, se van separando.

Trapillo mira su calendario y siente que en su corazón el sol no puede brillar con más fuerza.

¡Hoy es su cumpleaños!

Trapillo sale de la cama con el corazón radiante. Con solo ponerse las botas, ya se imagina chapoteando en el barro del jardín.

Mientras hace sus tareas, tip, fantasea sobre cómo celebrará su cumpleaños con Cajita y Pelota, sus dos amigos, tap.

La **ilusión, es decir, la esperanza de que se cumplirán sus fantasías,** lo ilumina todo. Por eso, todo lo hace con una sonrisa.

Ding, dong. Junto al baúl de disfraces, Trapillo alza la cabeza al oír el timbre.

Su corazón da un triple salto mortal. Ding. Sus piernas salen disparadas hacia la puerta. Dong. ¡Tienen que ser Cajita y Pelota! Ding. ¿Vendrán a felicitarlo? Dong.

Trapillo, a punto de reventar de emoción, abre la puerta. Pero...

¡Solo es un vecino que ha perdido un calcetín!

Trapillo se queda mirando la puerta, con el alma encogida.

Las mismas ideas que por la mañana le hacían cosquillas son ahora piedrecillas que lo llenan de pesadumbre.

El tiempo pasa. El ding-dong no vuelve a sonar.

La **decepción, la idea de que a veces las cosas no suceden como uno esperaba,** hace que Trapillo busque refugio en un rincón de su cuarto.

Pun, pun, pun. Las zancadas de Cajita hacen retumbar la tierra. Ha quedado con Pelota en el bosque... ¡para preparar la fiesta sorpresa de Trapillo!

¡Catapún, pun, pun! Cajita tropieza con la raíz de un árbol y cae de bruces. Todos sus cubitos sentimentales, que cambian de color cuando cambia su estado de ánimo, se desparraman.

A Cajita le parece que todo el bosque se carcajea de su caída. Su cara y sus cubitos se sonrojan.

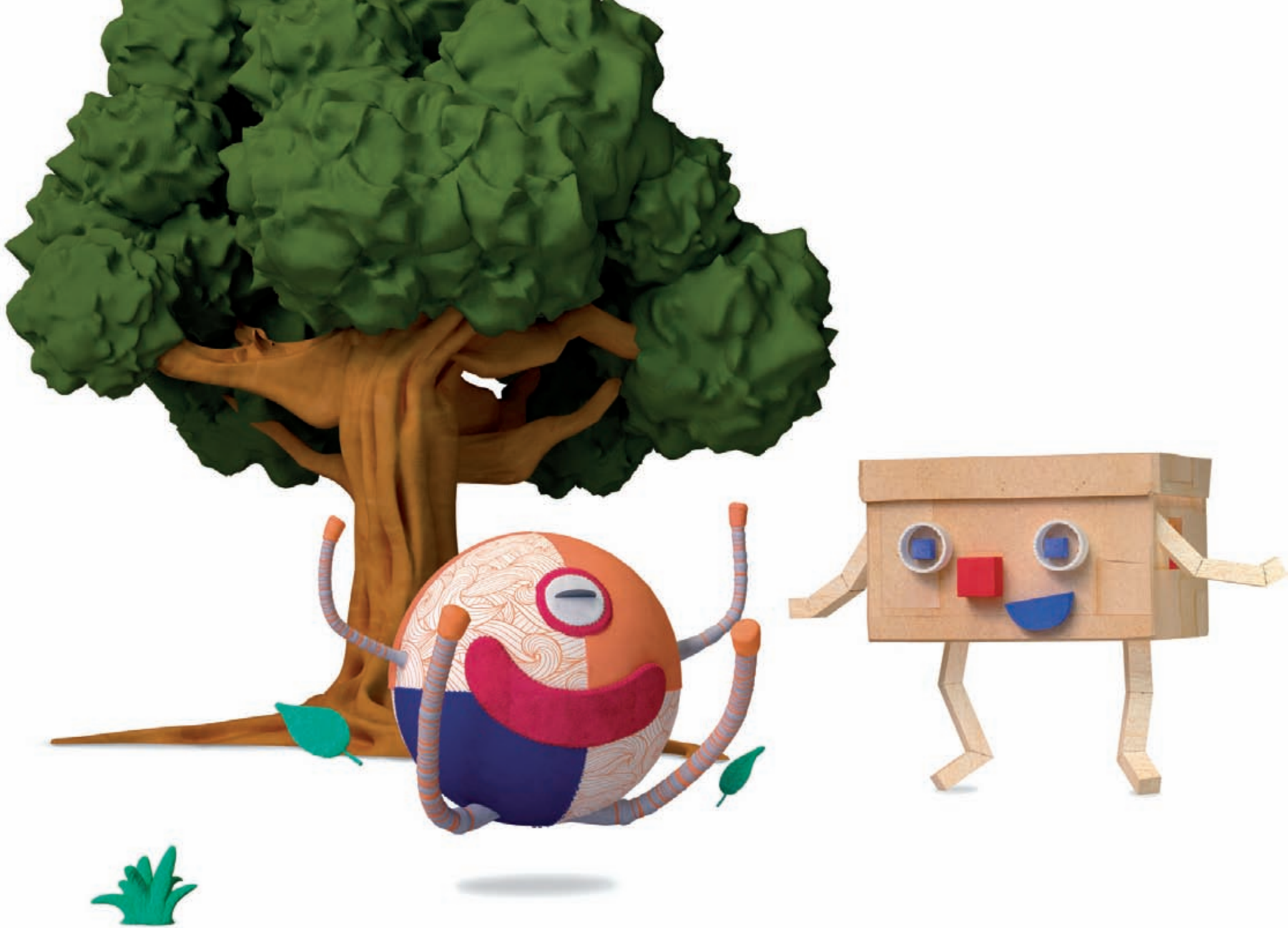
Pelota ha visto a Cajita y se acerca para ayudarla a recoger sus cubitos. Cajita continúa sonrojada y acalorada.

–Has tenido suerte –dice Pelota para animarla–. Yo habría caído y caído y caído.

Mientras lo dice, Pelota simula caerse y rebota y rebota y rebota...

Cajita y Pelota ríen.

¡Catapún!, la **vergüenza** de Cajita **–ese malestar que nos invade cuando nos vemos en una situación ridícula o cuando cometemos un error–** se desliza por un agujero.



Plop, una lágrima de Trapillo cae junto a su barquito de cartón.

No hace mucho ruido, pero retumba en su alma como un trueno que anuncia la tempestad.

Plop. Trapillo siente que ha perdido un centímetro de altura. Plop. Y otro. Plop. Y otro. Plop. La distancia entre él y sus amigos le resulta cada vez mayor.

Plop, plop, plop. Las lágrimas de Trapillo forman un charco, un lago, un mar... en el que su barquito de cartón naufraga.

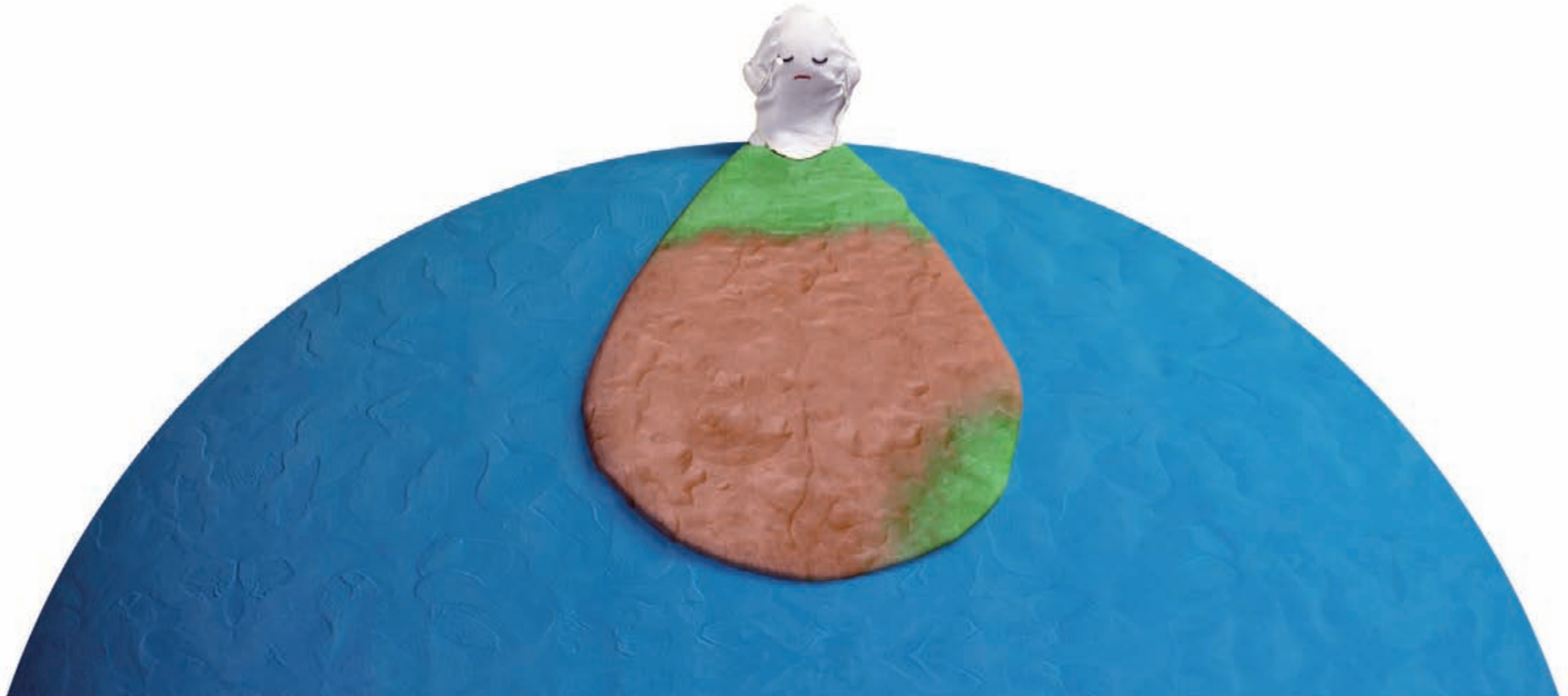
«Se han olvidado de mi cumpleaños», piensa Trapillo, que no quiere hacer nada. Se siente **triste: le faltan las ganas y la energía.**

Su cuerpo le parece diminuto y, en comparación, su habitación le resulta enorme: un mundo en el que no están sus amigos.

Trapillo no sabe cómo regresar a la ilusión, plop; no sabe cómo moverse hacia la alegría, plop, o cómo alcanzar el buen humor, plop...

plop...

plop.



Tristeeeee, risteeee...

La noticia rebota en eco por todo el jardín: ¡Trapillo está triste!

Los pájaros vuelan hacia la rama más cercana a él, deseosos de cantarle. ¿La dulzura de su canto acompañará a Trapillo?

Tristeeee, risteee...

Las brisas quieren danzar alrededor de él para acariciarlo. ¿La calidez de esas brisas consolará a Trapillo?

Tristeee, ristee...

Los árboles dejan caer sus hojas para formar una mullida almohada.

Tristee, riste, te, e.

Afuera, en el jardín, Trapillo ve un montón de hojas sobre el césped, como si fuesen una almohada mullidita. Apoya su cabeza en ella, dejándose cuidar.

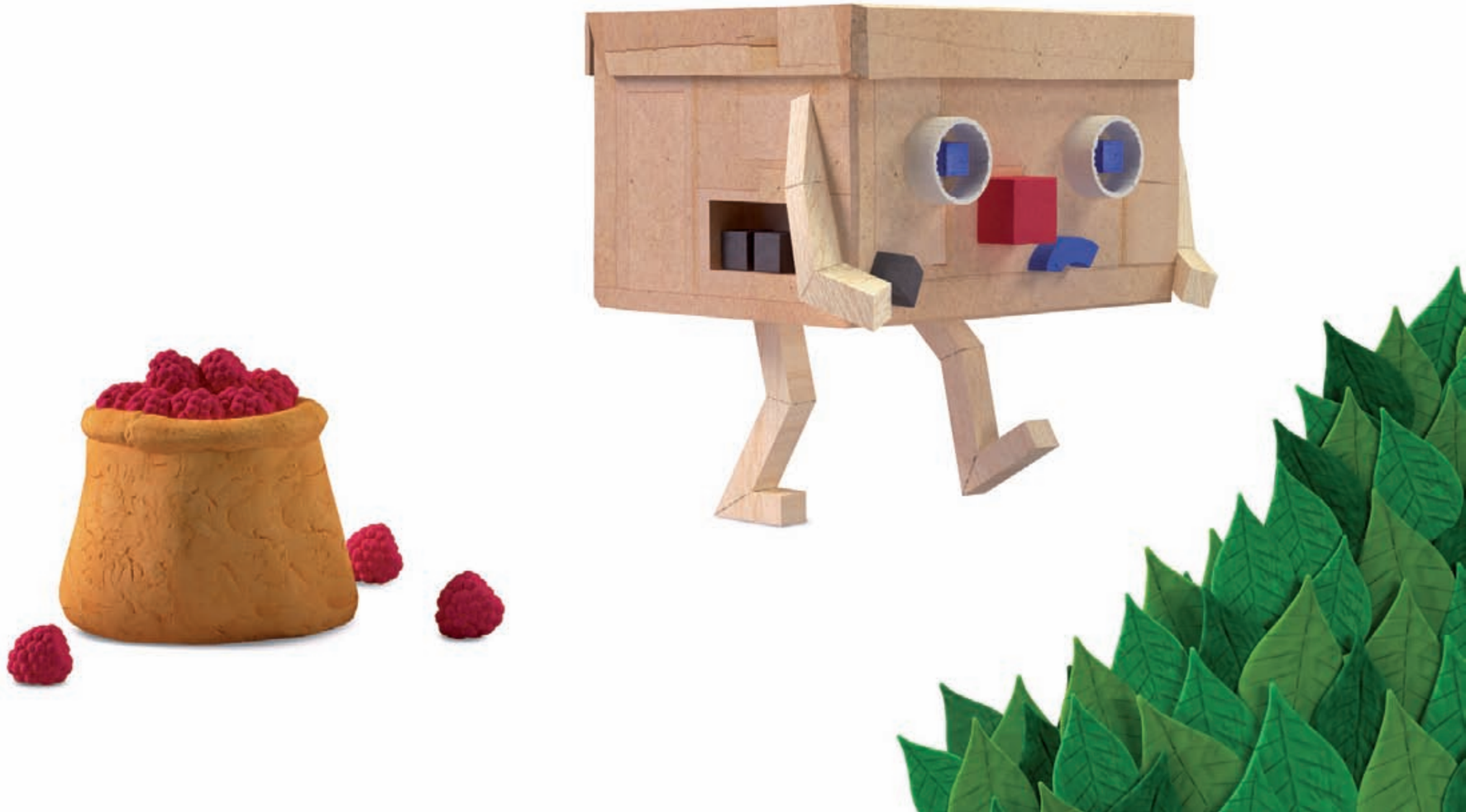
Brisas danzarinas, cargadas de buenos deseos, se cuelan entre los pliegues de Trapillo, acariciándolo suavemente.

Los dulces trinos de los pájaros mueven los pies de Trapillo, que canta y esboza una sonrisa.

¿Tristeeee? Ya no. Trapillo ahora se siente **amado: valioso y cuidado.**

¡Fiiiu, fiiiu! Cajita, que está agachada, recogiendo frambuesas de unos arbustos, pega un respingo del susto. ¿Será el viento o...?

¡Crac, crac! Pelota, que busca plantas de moras, pega un bote del susto. ¿Serán los graznidos de los cuervos o...?

¡Bruuum, bruuum! Cajita sale corriendo en busca de Pelota. Pelota abraza a Cajita. ¿Son truenos o...?

El apacible bosque resulta ahora demasiado tenebroso...